

El
momento
más



Hace varios días sorprendió a los colombianos con su denuncia contra los gastos y viajes parlamentarios. La sorpresa fue mayor cuando un hermano suyo encabezaba ese grupo.

Antes de ser periodista, fue acomodador de teatro y escribiente de inspección.

**POR PATRICIA ANDRADE MENDOZA
FOTOS: FERNANDO PARDO**

A los doce años quería ser pianista, de esos con trajes negros y largos que se sientan en inmensos escenarios, no miran al público y durante tres horas sostienen un diálogo sin interrupciones con sus mejores amigos, llamados Mozart, Beethoven y Tchaikovski. Pero no pudo. Distintas circunstancias lo obligaron a cambiar de oficio, y en vez de sentarse al piano tuvo que trabajar como acomodador de un teatro en su pueblo, Zipaqui-

rá, donde después se empleó de escribiente en la inspección de policía.

Cuando conduce en la madrugada, hacia su trabajo en Radio Santa Fe, combate el frío y la soledad con esos recuerdos. Sin nostalgia, con buen humor, con imaginación, los mismos elementos que utiliza cuando se refugia en el altílo de su casa, frente al computador, tecleando fuerte con tres dedos, mientras está a punto de culminar un cuento sobre la brujería española mediterránea, otro legado del descubrimiento de América.

MEMORIA DE ELEFANTE

Los colombianos están acostumbrados a dos facetas de su personalidad: la memoria de elefante y la forma de encarar los temas, por complejos que sean, como la denuncia contra su hermano parlamentario. Enseguida salta: "Yo no denuncié a mi hermano Fernando ni mucho menos quiero imitar a los Collor de Melo. La lista de parlamentarios que viajaron a España la encabezó mi hermano. Estas prácticas deshonestas que desacreditaron al Congreso, y contra las cuales votamos los colombianos, no las acepto, y por estar Fernando no cambia mi forma de pensar".

Se queda mirando por la ventana, como si

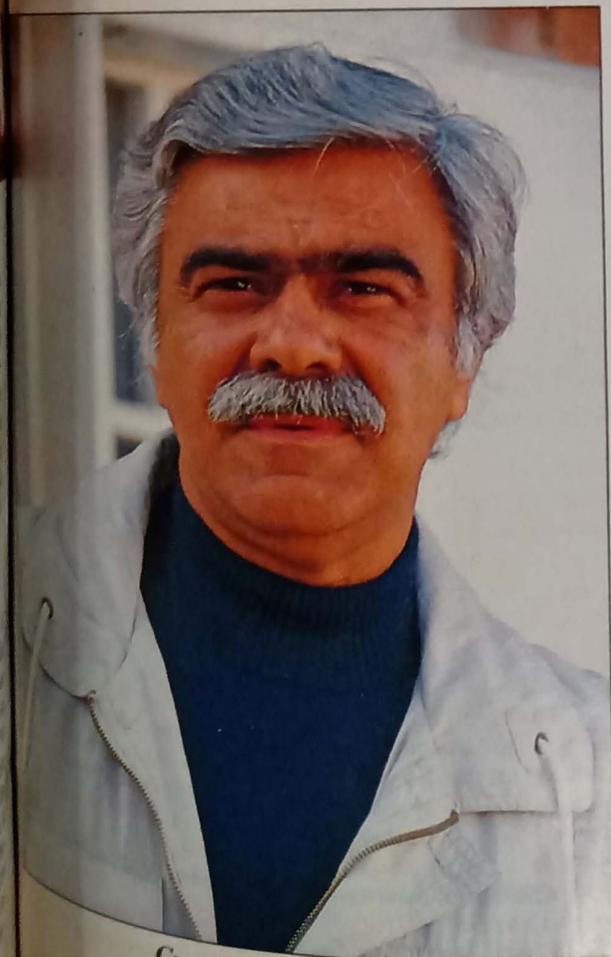
“Un día don Hernando Santos, viendo mi actitud despreciativa, en una forma cariñosa pero enérgica, me agarró de las solapas y me dijo: ‘Vea, mijito, yo he visto a muchos periodistas que los acaba un premio, y usted es un periodista acabado’”.

quisiera cambiar de tema. Uno recuerda que tiene una memoria realmente prodigiosa. No se le escapan fechas, nombres, ni lugares, por eso recuerda que hace dieciséis años empezó con su programa *Enviado especial*, el primero de la televisión que se hizo en exteriores.

Está de muy buen humor, quiere echar mano de los recuerdos, y con la misma exactitud tiene grabada la hora en que se cayó el bimotor en que viajaba cuando apenas atravesaba la sabana de Bogotá: “Se le apagaron las turbinas y cayó. Iba con Miguel Díaz, y nos salvamos de milagro, por eso desde ese mismo día le tengo pánico a los aviones”.

MÍSTICA Y PASIÓN

El periodismo de Germán es de dos caras: denuncia y defensa. La profesión es su vida, su



Gracias a sus dotes de buen bailarín, una barranquillera le dijo: ‘Bailas como escriibes’. Eso para él fue el mejor píropo

mística y pasión, y por eso su diploma de abogado sólo le sirve para llenar un espacio en su hoja de vida: “Me desesperaría en una oficina, un bufete. La única frustración que tengo es no haber aprendido a tocar piano, sólo tuve algunas clases de solfeo. Ni el tiempo ni los recursos permitieron que fuera pianista. Desde de los doce años estoy trabajando. Empecé como acomodador del teatro de mi pueblo, después escribiendo de la inspección de policía. Cuando llegué a Bogotá trabajé en el correo aéreo; pronto salté al periodismo; un año duré en La República y diez en El Tiempo. Hoy estoy en la radio y con *Tomas y temas*”.

Este ex-bohemio de cincuenta y dos años tiene pelo y bigote completamente nevados, y por eso parece más formal. Es de los que disfruta y añora a sus amigos sinceros —entre los que cuenta a Fernando Gómez Agudelo y Carlos Alberto Rueda—, y no los que le dan palmaditas en la espalda. Con frecuencia se remonta a las épocas de Los Filipichines y El Automático, dos centros de reunión para intelectuales. Riéndose, recuerda: “Por aquel entonces los periodistas andábamos de medio palo, con una botella de aguardiente en el cajón del escritorio. Durante la jornada laboral nos pegábamos unos cuantos tragos”.

Lo único que no compartía de esa época era el corbata, y prefirió otro tipo de vestimenta: “Andaba en mi carro con el trío Los Amantes, dando serenatas diarias a mi mamá, mis hermanas y muchas admiradoras. Mi sueldo de El Tiempo lo cobraban Los Amantes, no las amantes”, y de aquella historia tiene la más selecta colección de boleros encabezada por los inmortales Panchos.

PERIODISTA ACABADO

Sensible y bucólico. Vibra igual con las grandes cosas que con los pequeños detalles. La memoria de elefante sigue recolectando datos, sobre los efectos de un premio sobre su personalidad sencilla y descomplicada: “Mira, no creo en el triunfo. En 1970 fui el único periodista que ganó el premio Hernando Caycedo, por ser el mejor. Desde ese momento me sentí un reportero especial. Duré de estrellita siete meses, despreciando todo lo que me asignaban en la sala de redacción. Entonces, don Hernando Santos, viendo mi actitud, en una forma cariñosa pero enérgica, me agarró de las solapas y me dijo: ‘Vea, mijito, yo he visto a muchas periodis-



tas que los acaba un premio, y usted es un periodista acabado". Con semejante reflexión llegó a su casa y guardó de por vida ese premio y los que siguió ganándose, y prefirió ser enviado especial.

Hoy sigue vibrando por todo. Lloro con facilidad y se alegra de haber cumplido sus dos sueños: el mejor sastre de España, Antonio Pajares, le confeccionó un traje, y adquirió una mesa de billar Champion que le regaló un señor de su pueblo: "La tengo en mi finca de Pacho, donde me refugio todos los fines de semana".

Tiene otro sueño, escribir *Coca*, el gran fenómeno de fin de siglo en el mundo: "La coca nos ha mareado más que la violencia del 50 o la Guerra de los Mil Días. Llevo diez años detrás de este tema, pero he sentido temor a que me peguen un tiro si me meto mal".

Escribe todos los días, se queda varias horas en su librería Enviado Especial, habla con los colegas que entran y salen de su sede mientras

contempla las carátulas de las novedades que llegan todos los días. Mientras, sus obras *Ma se la dejo al diablo* o *Colombia amarga* o *El cachalandrón amarillo* o *Perdido en el Amazonas* o *El Karina*, o *El hueco*, entre otros títulos, son reeditadas, traducidas, analizadas y estudiadas.

A veces, acepta irse a una universidad a dialogar con estudiantes de periodismo, llega con su chaqueta caqui y sus pantalones de pana, avanza en medio de los ojos que no le pierden un sólo gesto, se sienta sobre el extremo de un pupitre y sonríe cuando le sueltan la primera pregunta:

-Señor Castro... ¿para usted qué es el periodismo?

Castro se ríe, se pasa la mano por el bigote, mira a la niña rubia que le formuló la pregunta y responde:

-Verán ustedes